



PALIQUE

LA *Época* continúa presa de dolor profundo, como dicen los poetas malos, y á veces los buenos, cuando se lo mandan decir.

Pero el dolor profundo de que es presa *La Época* ha tomado figura de *buldog*; quiero decir, que ahora *La Época* lamenta la muerte de D. Alfonso XII en verso, en unas quintillas que podrán ser de orden y monárquicas, pero que parecen demagógicas y hasta endemoniadas.

Firma el *todo*, como diría D. Ernesto García Ladevese, un D. Joaquín Ugarte.

Sí, D. Joaquín Ugarte;
un nombre que me suena...
yo lo oí, no sé cuándo ni en qué parte.

Ello es que D. Joaquín Ugarte... ¿No hizo este señor una comedia que se llamaba *Marta de los Angeles*?...

¡Ah, no! *Marta de los Ángeles* es una comedia de Santero, médico de la real cámara... digo, tampoco; lo que hizo Santero fué una comedia que se llamaba *Ángela*, ó *Ángelitos* al cielo, ó cosa así. Perdonen ustedes esta serie lamentable de equivocaciones. Con estos diablos de obras inmortales que ahora se escriben, al mes de publicadas todas se confunden.

En fin, doy de barato, como se dice, que el señor Ugarte no ha escrito en su vida más que las quintillas que tengo delante. Bastante es esto para condenarse indefectiblemente.

Ante todo, advierto que yo respeto, como el primero, la memoria del rey D. Alfonso, y que cuanto voy á decir no va con ningún Borbón vivo ni muerto, sino con *La Época* y con el Sr. Ugarte.

Digo esto, porque otra vez, queriendo yo poner en ridículo las adulaciones de *La Época* á la corte, hubo quien tomó el rábano por las hojas... No confundir.

El Sr. Ugarte, que no es hijo de cien reyes, ni de medio, dice así:

«Aún le recuerda la mente
gentil, gallardo, animoso,
cuando, tierno adolescente,
jinete en corcel brioso,
entró en Madrid sonriente.»

Perfectamente. Esa quintilla no tendría *pero*, si la mente fuera sinónimo de memoria y si las cláusulas

tuvieran enlace en buena sintaxis, y el correspondiente sentido.

La multitud apiñada
(este verso es de Ovidio el *Romo*)
nuevos destellos pedía
al sol que alumbrió su entrada...
¡Esplendorosa alborada
del reinado que nacía!—
¡Adiós con la colorada!

Este último verso, que es el mejor, es mío. Y digo: «¡Adiós con la colorada!» no porque me despida, como creería la Academia, sino porque el Sr. Ugarte sale por los cerros de Úbeda en los dos últimos versos. Cuando el lector espera que el poeta le explique para qué quería más destellos del sol la multitud, el señor Ugarte sale con que aquel sol, ó aquel día, fué una alborada esplendorosa. Razón tiene Camacho cuando afirma que los poetas no tienen pizca de formalidad, y deben ser mirados como artículo de ostentación, como objetos suntuarios, á los cuales hay que cargar de impuestos.

Y en concierto singular,
(pase este ripio ejemplar)
eran de ver y de oír
(y de oler y de palpar)
aquel ansioso mirar,
aquel recio vitorear
y aquel ferviente aplaudir.

Y viceversa.

Que (¿qué qué?) en una emoción fundidos
anhelos y aspiraciones,
no había, *entre bien nacidos,*
ni *corazón sin latidos,*
ni labios sin bendiciones.

¡Bendito sea el que viene en nombre del Señor! Señor Ugarte, ¿usted cree que á los mal nacidos no les late el corazón también? ¿O es que opina usted algo parecido á lo que pensaba *El médico á palos,* respecto de los corazones?

¡Qué cosas le hace decir el dolor á *La Época!*

Auras tibias, *cielo raso,*
flores brindaban al paso
del noble Rey español...
— ¡Quién dijera que aquel sol
tan pronto hallara su ocaso!

Entre los cien disparates de esa quintilla, el que más gracia me hace es el de brindar con flores el cielo raso. ¿Sabe lo que es cielo raso ese poeta á teja vana?

Gobernó sabio y discreto;
ganóse amor y respeto (y el sueldo)
en pos de una y otra hazaña...
y hoy se nos lleva el secreto
de los destinos de España.

¡Eso no, vive Dios, que el secreto de los destinos de España, hoy por hoy, lo tiene Sagastal

Hoy mustia España y llorosa
viste crespones de luto...
(se me ocurre un *sustituto*
del consonante, y no es cosa...)

Y al lucir de los blandones,
no hay bálsamo que mitigue
tantas penas y aficciones.
(Este hombre nunca consigue
atar bien dos oraciones.)

Lo que parece que quiere decir el poeta, es que no hay bálsamo que mitigue las penas y las aficciones, al lucir de los blandones, esto es, mientras están los blandones encendidos; pero que en apagándose las velas... ya será otra cosa.

¡Ah! Probablemente, sin querer, hablará usted en profecía.

Lágrimas al duelo interno;
suene el místico responso,
conjuro del hondo Averno...
(¡Vate motilón ó intonso,
así te trague el infierno!)

¿Qué quiere decir lágrimas al duelo interno? ¿Qué quiere decir responso místico? ¿Qué quiere decir conjuro del hondo Averno? ¿Qué quiere decir arquitrabe?

Y Dios, que con él derrumba
nuestra ventura completa...

No exagere usted; á quien ha derrumbado, no Dios, sino la Reina Regente, es á los conservadores, y esos serán, á lo sumo, la ventura completa de *La Época*.

—
Así son los versos que publica *La Época*, sin decir: «¡agua val!»

Yo creo que el partido conservador se va á convertir en un *puñidero* (palabra de moda) de literatura romántica.

La Época está hecha un triste Chactas.

Cánovas se va á convertir en el *Ermitaño del monte salvaje*.

Sólo queda Romero para continuar las aventuras de la *mesa redonda*.

*
*
*

Como á mí me gusta dar á cada uno lo suyo, declaro, *ex abundantia cordis*, que me gustan algunas de las fábulas en prosa que publica de vez en cuando Bremón en *El Liberal*. Suele haber allí originalidad, frescura, facilidad, gracia, naturalidad á veces, y á veces intención.

Y también me gustan algunos romances que solía dar á luz el mismo autor en el mismo sitio.

Y eso que Bremón y yo estamos como el perro y el gato.

Yo no soy el gato.

Un periódico muy leído, que podía hacer mucho bien y suele hacer bastante mal, explica á sus lectores el argumento de *Le prêtre de Nemi*, de Renán.

Y dice que un personaje se llama *Antistius*.

Se llamará Antistio, señor literato.

¿Si creerá usted que el latín, cuando se encuentra en un libro francés, se traduce en gallego?



A DON TOMÁS BRETÓN

Muy respetable señor mío: Acabo de leer su último artículo acerca de «La Música Nacional,» en el núm. 156 de *La Opinión* (estilo de comunicado), y resultando que en él hay, acaso, una alusión á ciertas palabras de un *palique* mío, publicado también en *La Opinión*, y considerando que yo jamás dejo ni dejaré sin respuesta á las personas decentes que me honran tomando en cuenta mis escritos, fallo que debo contestar y contesto á su artículo... hipotéticamente; esto es, suponiendo que usted aludía á mí, en efecto. La modestia y la convicción de lo poquísimos que valgo, no me permitían atribuirme la alusión; pero como otras señas clarísimas me hacen ver que á mí debe usted de referirse... dejo á un lado escrúpulos, y con la salvedad apuntada, entro en materia (1).

Pero no: todavía no entro.

(1) Don Tomás Bretón, en una réplica llena de elogios inmerecidos, contestó al autor declarando que, en efecto, á él había aludido.

Tal vez extrañe usted que siendo yo colaborador de *La Opinión*, donde están las palabras más á que usted alude, no le conteste desde ese periódico en que ambos escribimos; pero es el caso que allí tengo comenzado un cuento... y no es cosa de dejarlo; y aquí, en el *Madrid Cómico*, no tenía hoy asunto preparado... y aprovecho éste.

De modo que ya está todo explicado y ahora sí que entro en materia.

Dice usted, defendiendo la ópera nacional: «Llegado á este punto, leo un artículo de... que de pasada alude á la ópera nacional, para burlarse de ella. Yo creo que no hace bien.»

Sr. Bretón, á pesar de la suavidad del palmetazo, crea usted que, por si va conmigo, me ha llegado al alma; yo le explicaré en seguida por qué.

En vano está usted todo lo fino, todo lo amable y sincero que usted quiera: el palmetazo me escuece. ¿Sabe usted por qué? En parte porque tiene usted razón, hasta cierto punto. Pero principalmente porque su censura, comedida y todo, supone, sin que usted lo sepa tal vez, que yo me burlo de lo que no entiendo.

No, Sr. Bretón: yo no entiendo una palabra de música nacional ni extranjera. Que conste eso á todas las generaciones venideras; yo no entiendo una palabra de música. Tengo, además, muy mal oído; ó por lo menos, una memoria musical detestable. Después de mi querido amigo Pepe Mourelo, acreditado crítico de música,

creo que soy el español que peor canta. Mourelo no sabe cantar la *Marcha Real*; yo sí; pero de ahí no paso.

Si yo me hubiera burlado de la música española, de la que nada se me alcanza, no me lo perdonaría en mi vida.

Soy un ignorante en general, pero puedo decir, y en buena hora lo diga, que siempre he procurado conocer á fondo aquello de que me burlo. Mi única pretensión en este mundo es saber burlarme á tiempo.

Nunca me burlaré de la música española, ni de la china, ni de la celestial; de ninguna.

Repito que no entiendo de eso, y yo tengo el valor de mi ignorancia. Una de las cosas que más admiro en Gustavo Flaubert es haber rehusado el cargo de crítico de pintura que le ofreció un gran periódico, dispuesto á pagarle muy bien. Flaubert pudiera hablar mucho de cuadros, pero ignoraba el tecnicismo del arte (no las palabras técnicas, que, como usted sabe mejor que yo, son otra cosa), y le pareció ridículo meterse en tales críticas. Hizo perfectamente.

Yo he leído también algo de estética de la música; pero eso... es música. Como hacen tantos otros, pudiera meterme á discutir con usted y con todos los maestros del mundo, porque aquí tengo en mi librería varios diccionarios é historias de la música, con láminas y todo, como el elegante *Manual* de H. Lavoix, y folletos de Wagner y el *Drama musical* de Schuré, y á Ortigues,

sobre el *Canto llano*, con más mil lucubraciones de Hegel, Krause, Vischer, Levesqueke; y tomándolo por lo físico, libros de Laugel y de Helmutz, y al mismo estético austriaco Hanslich; y si usted me apuraba un poco, que sí me apuraría, yo me refugiaría, como en un reducto, en la laringe, y *allí*, braceando gracias á los autores de estos estantes míos, no me cansaría de hacer alarde de ciencia fonológica (como diría yo); y en caso de mayor aprieto, de un salto me colocaría en el oído, y hasta sería capaz de escribir artículos estético-músico-anatómico-históricos, remontándome á las orejas de nuestros mayores, y acompañando el texto con grabados explicativos, copiados detrás de un cristal en un papel fino, de cualquier librote extranjero. Todo esto y más podría hacer; pero como al fin y al cabo usted llegaría á demostrar que yo no sabía lo que era arquitrabe, ahorro polémica: yo le juro que lo que es por mí no se ha de retrasar ni un día el triunfo de la ópera nacional.

Venga la ópera, y cuanto antes mejor; venga cualquier cosa; todo, menos Cánovas.

En el artículo á que pienso que usted alude, yo trataba de nuestro teatro nacional, del teatro de López y de Tirso, de Calderón y Rojas, etcétera, etc.; pedía dinero, no para mí, sino para la restauración escénica de nuestra poesía dramática; y si como buen arbitrista disparataba al buscar recursos y expedientes, conste que lo hacía á propósito y por vía

de broma. En mi artículo, lo único serio era la alabanza de nuestro gran teatro, y el deseo de que se restaure; lo demás pura *boutade*, como dicen los *corresponsales* de París. ¿Había de pretender yo en cuatro líneas dar un específico para salvar el teatro?

La ópera nacional... ¡Dios la bendiga ¡Y á todos ustedes los que son capaces de escribirla, ¡Dios los bendiga también!

Yo—y hoy no tengo más remedio que imitar al estilo de Cánovas;—yo, aunque ignoro tanto en materia de música, soy apasionadísimo de ella, y más cada día; á cada nuevo desengaño de la vida, más melomano. ¿Melomano he dicho? La palabreja, aunque legítima etimológicamente, me suena mal; la retiro; en fin cada vez me gusta más oír cantar y tocar; y usted y sus colegas Chapí, Marqués, Arrieta, etc., etc., me han hecho gozar mucho con sus obras, y también soñar mucho, aunque me he guardado muy bien de publicar mis *Sueños*, con prólogo de nadie.

Sí, Sr. Bretón; yo, partidario de Zola en muchas cosas, no le sigo en su guerra á la música, y en esto me acerco á Schopenhauer, al cual la música le hablaba de un mundo bueno que no había, pero que debía haber.

Desde el paraíso del Real, sin meterme con nadie, he oído yo años y años toda la poesía vaga y sublime que he querido; en parte alguna he sentido tanto como allí, y repito que sin meterme con nadie.... En fin, todo esto pertenece más bien á unas *Memorias de Clarín*

(que no pienso escribir, Dios me libre), que á la ópera nacional.

Si hay que firmar algo para que esa ópera florezca, cuente usted conmigo; y si es cosa de subir la contribución, que la suban; así como así, ya está por las nubes. Lo único que no admitiré, aunque se hunda, no ya la ópera, sino el mundo, es un puesto en la junta directiva. Dirá usted que en qué junta. No lo sé á punto fijo; pero verá usted cómo, si se hace algo por la ópera, lo primero es una junta directiva de la que serán vocales, sin falta, D. Modesto Fernández y González y D. Jesús Pando y Valle, secretario.

Pienso, como usted, que debe protegerse todas las artes. Sí, señor, las artes y las ciencias; pero en esta materia todos los españoles somos Calomardes, es decir, protegemos los toros. Y ese es el camino; si ustedes los maestros quieren que haya verdadera ópera nacional, entiéndanse con *Lagartijo*, que les dé la alternativa, y canten ustedes en la plaza. Aquí todo lo nacional ha de ser de puntas; y si no, no hay nación que valga.

Además, Sr. Bretón, á mí me consta que un señor muy influyente en la política, que no es Cánovas por supuesto, anda trabajando eso de proteger la música nacional, pero quiere que le guarden el secreto: ¿y sabe usted por qué? Pues porque no quiere que se enteren los fusionistas que no han cabido en el presupuesto. Y uno de ellos, que ha prestado grandes servicios á la

libertad, ha sabido algo, y le decía á mi hombre, que es ministro:

—Mira tú, Fulano, yo sé que vais á fundar la ópera nacional; pues ojo, y que no se me olvide; la primera ópera subvencionada ha de ser la de mi yerno, el que no pudo salir diputado; y en cuanto á la primera cátedra que se cree... no espero que nadie me la dispute...

¿Qué quiere usted, Sr. Bretón? El mundo está así (el mundo de que yo hablo es España, por supuesto): inventan algo los liberales, lo piden á gritos sus correligionarios... y después vienen y se lo comen los conservadores. Crean cátedras los demócratas... y se las traigan los acólitos de Alejandro Pidal.

Nada: hagan ustedes un gran teatro lírico español, y si todas las tiple y contraltos no resultan pidalinas, me dejen leer el discurso de Ruiz Gomez, con la contestación de Toreno, ó viceversa, como sea.

¡Artes! ¡Ciencias! Sr. Bretón... Si usted quiere de eso, vámonos con la música á otra parte.